

Frente libertario

Madrid, 27 noviembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NUMERO 640

Los trabajadores franceses acuerdan la huelga general contra los decretos=leyes

Muchos y graves han sido ya los incidentes que la puesta en marcha de la política de decretos=leyes del Gobierno presidido por Daladier ha provocado en Francia; los trabajadores franceses se defienden con energía del aco- gimiento que los decretos=leyes significan; en las últimas jornadas los incidentes se han agravado, han surgido choques violentos con la fuerza pública; ha habido bajas por ambas partes, y la C. G. T. ha acordado la huelga general para el día 30.

No vamos a decir, ni mucho menos, que desaprobamos la actitud enérgica que parecen decididos a adoptar --finalmente--, los trabajadores franceses; ya era hora de que, dándose cuenta de la trascendencia decisiva de las horas que está viviendo el mundo, se decidieran a cumplir, firmemente, abnegadamente, con sus deberes de proletarios y de trabajadores. Pero, en cambio, tenemos que lamentar con desilusión, con tristeza, que hayan sido necesarios los decretos=leyes para despertar la conciencia de clase en el proletariado francés: nos hace daño, casi daño físico, que los proletarios del país vecino se hayan acordado de su condición de proletarios, cuando se han dirigido ataques directos contra su estómago, y hayan sesteado miseramente cuando lo atacado era su conciencia de clase o sus ideales revolucionarios.

En tanto los trabajadores franceses no han visto directamente afectados sus intereses, poco o nada se han movido en defensa de sus hermanos de clase; durante meses y meses han visto imposibles los ataques que el fascismo dirigía y continúa dirigiendo contra el proletariado español; han tolerado la anexión de Austria y han admitido, tranquilamente, el despojo de Checoslovaquia; en este último caso llegaron a respirar más profundamente cuando adquirieron el convencimiento de que el problema checoslovaco no daba lugar a la iniciación de una nueva guerra europea; cierto, muy cierto, que el precio de la paz era la desaparición de Checoslovaquia; pero, por de pronto, ellos no se veían envueltos en una nueva conflagración europea.

Y, sin embargo, no se daban cuenta entonces, como no se daban cuenta cuando abandonaron a Austria a su propia suerte, como no se dan cuenta cuando contemplan casi con indiferencia la tragedia gigantesca de España, que la política de los decretos=leyes no es ni más ni menos que la conse-

cuencia lógica y natural de todas esas transigencias, de todos esos egoísmos y de todas esas cobardías. ¿Qué creían? ¿Que el capitalismo se conformaría con clavar sus garras en países extranjeros? ¿Que la ambición fascista o filofascista no llegaría a germinar en el mismo suelo de Francia? Los decretos=leyes son la respuesta: los decretos=leyes

demuestran cumplidamente que no existe pueblo que pueda considerarse definitivamente libre del peligro capitalista, en tanto que ese mismo pueblo, combatiendo, no lo haya alejado. Como también demuestran los decretos=leyes que el capitalismo, hablando en nacionalista es la inmensa mayoría de los casos, demuestra ser mucho más internacionalista, mucho más universalmente solidario, de lo que demuestran serlo las organizaciones obreras y los partidos que se llaman proletarios y revolucionarios.

Todo eso había pasado desapercibido para los trabajadores franceses; es-

tos no se han aprestado a la defensa --y al ataque, que es la mejor defensa--, hasta que no han visto sus propias carnes desgarradas por la estocada a fondo del capitalismo imperialista; ahora se revuelven; ahora se aprestan a combatir; deseamos que no sea demasiado tarde; estamos seguros de que no es demasiado tarde porque esta circunstancia no se presenta nunca para los verdaderos luchadores. Pero, desde luego, si creemos estar en condiciones de asegurar que si el proletariado francés se hubiera decidido a la lucha hace muchos meses, cuando el imperialismo capitalista inició sus primeros ataques contra la libertad fuera de las fronteras de Francia, no se hubieran producido las condiciones que hoy hacen que la C. G. T. dé la orden de huelga general.

De haber comenzado antes la actuación, ni la batalla sería tan dura, tan costosa, ni se hubieran producido mucho de los desastres que han agobiado en los últimos meses a las conciencias y a los entes físicos de millones y millones de trabajadores. Tampoco estaríamos nosotros en la dolorosa obligación de comentar amargamente, como nos vemos obligado a hacerlo, la actitud de los trabajadores franceses

están dispuestos a hacer lo que debieron y no fueron capaces de hacer en defensa de sus ideales.

Los decretos=leyes tienen su raíz en la falta de solidaridad con las masas proletarias de otros países: los que han contemplado impávidos el crimen de España por espacio de meses y más meses, se lanzan a la lucha por defender sus salarios, sus jornadas reducidas, sus comodidades y sus ventajas materiales; no fueron capaces de combatir para la defensa de los principios revolucionarios comunes a todos los trabajadores; no fueron capaces de sentir la solidaridad ardiente de la lucha hombre a hombre con los hermanos, de clases, que en otras tierras luchaban y luchan por su libertad. Ahora viven las tristes y peligrosas consecuencias y se ven obligados a dar la batalla en el terreno que más conviene al capitalismo.

Auguramos el triunfo a nuestros hermanos de Francia si son capaces de luchar con la entereza que caracteriza a los pueblos de conciencias firmes, de voluntades cuajadas. Pero comentamos con dolor, cómo ha hecho que nuestros camaradas franceses iniciaran una lucha que debieron comenzar hace muchos meses, por razones de ideales, por motivos de comunidad de clase y de destino con los trabajadores de otros países.

Tres fechas

Decíamos en noviembre de 1936...

"Para triunfar se necesita, además, una retaguardia consciente, disciplina, moral. Sobre todo, moral. Una retaguardia que encauce todos los esfuerzos. Una retaguardia sin señoritos, sin aventureros y sin negociantes, que fije sus miradas en el objetivo único de alcanzar la victoria.

La retaguardia adolece de defectos que hemos de corregir, cueste lo que cueste. La retaguardia está aun plagada de mangantes, de seres inútiles y perjudiciales, que retrasan la victoria, si no ponemos coto rápido a sus desmanes, a sus rapiñas, a sus andanzas."

Decíamos en noviembre de 1937...

"Se ha lanzado por el Gobierno la receta para terminar con la vagancia y el emboscamiento, tan perjudiciales en tiempos de guerra.

Tenemos la seguridad de que en muchos casos, en muchísimos casos, se eludirá la orden gubernamental, exhibiéndose certificado de trabajo por quienes trabajar es un castigo.

Y continuaremos viendo los cafés, bares, cines y cabarets invadidos por una plaga de vagos, que presentarán, al demandársele, su correspondiente certificado de trabajo.

Decimos en noviembre de 1938...

La misma infección y los mismos infectados por el microbio de la vagancia y el emboscamiento que nos hacían clamar en 1936 y 1937 contra los defectos de la retaguardia, subsisten en 1938.

Los mismos que hurtaban en años anteriores su esfuerzo personal a la causa de la Libertad vegetan en el momento presente.

Los mismos que hacían rellenar sus arcas con el sacrificio ajeno continúan especulando con las necesidades del pueblo

Y... ¡ya está bien!

Ni un paso más en el camino de la cobardía y del oprobio

Comenzamos por declarar que estamos animados por la mayor cordialidad hacia todos los sectores antifascistas y no nos mueve un trivial afán de polémica —que en estas horas sería recusable, por inoportuno e inconveniente— al recoger y replicar lo que otros escriben o dicen sobre cuestiones de monta que a todos nos interesan. No vea, pues, nadie en nuestras palabras otras motivaciones que el asombro que nos produce ver cómo han podido pasar ciertos conceptos y expresiones o anfibológicos, o equivocados, y

El número de "Política" de hoy ofrece uno de esos casos en que nos es imposible permanecer indiferentes. Los comentarios que dedica al panorama internacional son de tal naturaleza que, aun sin ánimo de polémica, no pueden quedar incontestados. En su primera plana, en una "manchette", dice, en gruesos caracteres. "Las huelgas y algaradas de París en el momento en que el Gobierno trata con otra Potencia no refuerzan la posición de las democracias, sino que, por el contrario, la debilitan." Errónea afirmación que parece increíble que se haya estampado en un periódico español antifascista. Las huelgas y algaradas de París debilitarán, en todo caso a las democracias cobardes que se hallan en tratos delicados con los enemigos de la democracia; pero fortalecen y alientan a las que aún obedecen a los estímulos de la dignidad, del derecho y de la justicia. Lamentar que el proletariado francés inquiete y dificulte los conciliábulos de unos gobernantes que vienen demostrando que su único interés es servir al capitalismo, al que supeditan incluso las conveniencias nacionales, equivale a aprobar la política nefasta de esos gobernantes y a considerar que el proletariado no tiene otra misión en las horas actuales que la de callar y someterse.

Está en contradicción este criterio con las apelaciones a la solidaridad que se han hecho a las clases trabajadoras del Mundo. Repetidas veces se las ha reprochado su pasividad ante los acontecimientos que han venido produciéndose. No se comprendía cómo no estorbaban el sucesivo avance del fascismo, cada día más insolente y más osado, a medida que los Gobiernos demócratas se mostraban más condescendientes y pusilánimes. Carece de sentido que se les reproche hoy que salgan de la pasividad y perturben las cómodas conversaciones de quienes juegan con los pueblos como si fueran piezas de ajedrez.

El capitalismo y el fascismo, fraternales aliados, son los únicos que pueden condenar las agitaciones proletarias de París, porque se producen en su contra y atentan contra sus proyectos. Es a ellas a quienes debilitan, y la democracia verdadera la que se siente fortalecida. Lo que había que desear es que esas agitaciones fueran en aumento y se extendieran y propagaran por todas partes. Cesarían así las bravuconerías de Hitler y Mussolini y se pondría término a los manejos y enjuagues bochornosos de los Chamberlain y Daladier.

En el artículo de fondo, "Política" insiste todavía sobre la tesis y escribe: "Cualesquiera que hayan sido los mo-

tivos determinantes de este descontento manifestado en forma airada por algunos núcleos obreros, la protesta proletaria, en las presentes circunstancias, arguye escaso sentido de la oportunidad. Los enemigos de Francia no habrán dejado de congratularse al percibir esta agitación que debilita al Poder público en la República vecina."

¡Cualesquiera que sean los motivos! Habrían de ser cualesquiera, y los amigos de Francia tendríamos que felicitarnos de que el proletariado francés hubiera emprendido una agitación que de ningún modo puede congratular a sus enemigos. Ganado como está el actual Gobierno por esos enemigos, lo que éstos desean es que continúe en su puesto para concluir la política de Munich. No pueden congratularse de verlo discutido y en trance de salir. Por lo demás, la protesta obrera no va contra el Poder público, sino contra quienes utilizan el Poder para servir una política nefasta. Los motivos no tienen nada de triviales ni de vacuos. Ahí es nada que Daladier y sus colaboradores rompan con los compromisos del Frente Popular y se arrojen a la aventura de realizar una política pariaista y antidemocrática. En el orden político está ese motivo de la ruptura del Frente Popular; en el orden social, la publicación de los decretos-leyes que destruyen las ventajas conseguidas por el proletariado, y en el orden internacional, existen las razones derivadas del Pacto de Munich.

"Prueba dura —exclama "Política"— para monsieur Daladier constituye la resaca social de que ha sido teatro Francia a la misma hora en que el Gobierno francés necesitaba acreditar autoridad en su propia nación." Esto no es así. El Gobierno francés no necesita acreditar autoridad. Lo que necesita acreditar es energía y energía para defender los intereses nacionales frente a las concesiones y las amenazas del exterior.

"Las conversaciones de París —añade— demuestran perspectivas sombrías en Europa." ¿Y de quién es la culpa? ¿No es de aquellos que creyeron que el medio de mantener la paz era el de hacer sacrificios para aplacar la cólera del dios teutónico? "Política" reconoce que este medio no ha sido útil, puesto que ha servido para todo lo contrario. Y no puede ser tranquilizador para nadie que Francia e Inglaterra aspiren a sofocar el frenesí violento del despota. Porque, ¿qué camino pueden encontrar para sofocarlo si no es el de la fuerza? ¿Es que cuando han transigido con lo de Austria y lo de Checoslovaquia van a declarar la guerra por el asunto de las colonias, o por la cuestión de España, o por la persecución de los judíos? Si antes no querían la guerra y por mantener la paz transigieron, ¿van a ir ahora a ella?

No cabe duda de que la conclusión de Munich es que la guerra se hace inevitable. Pero tampoco la ofrece que la oportunidad de hoy sea mejor que la de ayer. Y mientras los Gobiernos de Inglaterra y Francia no se hallen en condiciones de poder hacer frente, con garantías indudables de triunfo, a una lucha armada, los chantajistas seguirán explotando las vacilaciones de las

democracias, las cuales cesarán únicamente en el instante en que los pueblos se pongan en pie y digan a sus Gobiernos: "Ni un paso más por el camino de la cobardía y del oprobio."

Termina el órgano de Izquierda Republicana su fondo con estas palabras: "Quienes se duelen de que Francia haya pactado en Munich en holocausto a la paz no demuestran hallarse capacitados para echar sobre sus hombros los sacrificios que acarrearía una guerra probable." Y nosotros nos limitamos a preguntarle: ¿Qué diría si en holocausto a la paz y por evitar esa guerra probable Francia transigiera con el sacrificio de la España antifascista?"



Todos hemos visto a los perros pequeños, que huyen de los perros grandes, al ver que éstos no les hacen nada, recobran el valor que perdieron en la huida y ladran ruidosamente al perro fuerte que no les hizo caso.

Todos hemos visto también que cada vez que el perro grande vuelve la cabeza hacia el perrillo que ladra éste vuelve a huir prudentemente.

Y así continúa la escena de la tranquilidad del perro grande y los sobresaltos del perro pequeño.

Los hombres, para no ser menos, imitan en cierto modo y con algunas variantes, la vida del perro grande y el perro pequeño.

Hay seres, débiles y enfermizos, por naturaleza, que al percibir un peligro, se esconden en su misma insignificancia, en su misma natural impotencia, dejando a los seres fuertes conjurar el peligro presenciado.

Los seres fuertes, naturalmente, sostienen y rechazan el peligro, con la grandeza de su esfuerzo natural, sin dar valor alguno, como también es natural, a la cobardía y la impotencia del débil.

Pero ocurre que una vez pasado el peligro, o solamente sostenido, la cobardía del débil se transforma en una autocracia del valor.

Y las vocerías chillonas y destempladas todavía por el pavor, suben hasta los oídos tranquilos de los seres fuertes por naturaleza.

Y como los seres fuertes viven en la grandeza de su potencia natural, no dan importancia a esas vocerías, aunque digan que el peligro fué conjurado por los débiles.

Los fuertes saben de la impotencia de los débiles por naturaleza y saben que cuantas veces se presente el peligro solamente podrá ser combatido y anulado por la fortaleza natural de los seres fuertes, mientras los débiles en su impotencia, sólo podrán esconderse en su cobardía y su insignificancia.

S. U. de las I. del P. y A. G.—C. N. T.



La pacificación humillante de Munich da su fruto: Bulgaria también quiere la devolución de sus territorios

Terminaron los festejos de París. Ya se apagaron los silbidos. París vuelve a tener aquella sensibilidad de aquellos días que precedieron a las electorales jornadas que dieron el triunfo a los trabajadores y a las izquierdas francesas, derrotando a la Bourgeoisie, las doscientas familias y a los Raud y los Marin, haciendo morder polvo de la derrota a los reaccionarios filofascistas y a los fascistas declarados. Chamberlain se habrá convenido que París no es Londres,

Poco, o casi nada, ha sido lo que significó este viaje, realizado a instancias de Daladier, para comprobar la finalidad inglesa. "Los Cuatro" quieren hacer que Europa retroceda a los lustros política y socialmente, para mayor gloria del fascismo italiano y, otro, el nazismo alemán, superior a los bajos instintos y barbarie que el romano. París vuelve a ser la ciudad-luz, antena de todas las vibraciones y todas las protestas. París despierta dispuesto a cerrar el paso a los sintos apaciguadores, mansos colaboradores, con la careta de demócratas, fascismo italogermánico. El signo elocuente de este despertar son las huelgas, esa oposición contundente los decretos-leyes, a las tentativas ilustrado despotismo con que se aherrójar al pueblo francés el "brazo fuerte" del radical-socialismo, alquistándose con la reacción ultrarrea, aspirando a emular a Clemenceau.

Puede seguir la tramoya internacional; pueden continuar pacificando arlequines de la política, de la entera que Francia despierta, dispuesta a minar con ese "handicap" vergonzoso de claudicaciones y derrotas, su do en defensa propia y de toda Europa, amenazada como nunca lo está a causa de una política cobarde de apagaideales y apagaentusiasmos de hombres libres.

A tiempo han reaccionado los trabajadores. A tiempo, si, porque siguen haciendo lo que le viene en la traición de Checoslovaquia, cribándose pueblos y comarcas que estaban dentro del área minoritaria, con este otro signo de pacificación que se ha manifestado en donde millares de estudiantes se manifestado frente al Parlamento, diciendo que sean devueltos a Bulgaria los territorios anexionados por las tencias vecinas después del Armisticio.

Esta es la paz que hicieron los arquitectos: remover todos los estímulos de la base sustantiva de las democracias, dando alientos a la reacción, como se demuestra con este síntoma alarmante de los trabajadores de Munich: las reivindicaciones de la fascista Bulgaria.

VISADO POR LA CENSURA